



## Un día de ausencia

ENRIQUE MUÑOZ MARIÑO

Trabajo en un lugar entre muros donde conozco a un anciano. El también trabaja allá. Nuestra jornada empieza a las seis de la mañana. El me cuenta que está enfermo y que le van a operar, que ya es viejo, "y en estos días más viejo que nunca". El anciano se repite como sobre un espejo cóncavo diciéndome que todavía no se va a morir aunque su juventud pertenece a otro tiempo.

El médico le ha dicho que no trabaje tan duro y que descanse, y sin mejor remedio —según lo que este anciano me ha repetido al decir de que "el mejor placer es dormir", —eso es lo que él está haciendo ahora. Todos los días él hace una cama de periódicos, se quita la camisa y cubre con ésta, para echar luego su cuerpo carnudo a dormir.

La hora asciende los cristales. El medio día pasa. El anciano abre con sopor sus ojos. Luego él se dobla lentamente hasta quedar sentado y, colocándose de nuevo la camisa, empieza a recoger las tibias hojas de periódico que selecciona perezosamente. . . El anciano lee moviendo sus labios.

Han pasado varias semanas de tantas otras. Estamos en el mismo lugar, el anciano y yo. El continúa leyendo los grasientos periódicos una vez que se despierta y encamisa. Nada cambia sino la luz del día, *distingue tempora et concordabis jura*.

Los periódicos aparecen en el mismo lugar en donde fueron dejados ayer, como se dejan las penas sin consuelo, con sus hojas rasgadas y revueltas. El anciano me mira, me está mirando con ojos de pregunta, y alarga su brazo ofreciéndome con reticencia algo de leer. Lo acepto, y hago que leo las mismas palabras de los mismos periódicos, cada vez más ajados en sus dobladas páginas mar-

cadadas con manchas de tiempo corrugado. Ojalá que los periódicos fueran como el sol, con sus manchas energéticas que salvan la combustión de su luz, el cielo distintivo que nos dice cuándo abrir y cerrar los ojos de verdad. Pero borrosas palabras me dicen menos cada vez, y menos de lo que más hay que decir.

El anciano me mira de nuevo, con esos mismos ojos de duda severa. . . hablando de lo mismo, hasta que interrumpe para irse al baño. El toma una de las páginas de periódico, y se aleja entre su sombra con un gesto de dolor apresurado. Al rato él regresa, cuando nos miramos a un mismo tiempo.

En verdad, él me parece enfermo, viejo. Le noto más arrugas en su chupada boca. Sus ojos son tristes, con la tristeza de los ojos que ya no quieren buscar más la vida y soslayan la muerte con un cuidado venial.

Este anciano no sonrío. El está abriendo la boca. Me pregunta "¿qué horas serán?". Las campanadas de orquestal bronce suenan y sus ecos resuenan: "Las once". El da varios pasos y, como el tiempo del instante, se aleja. Luego él regresa con una bolsa de papel que coloca junto a sus piernas al sentarse y, al formar en su rostro caminos inconclusos sobre una frente antigua que suda, bosteza.

El abre la bolsa con un temblor de manos con ávidos dedos, y me mete una de éstas bien adentro de la gorda bolsa mientras con la otra mano recibe un pan, y sucesivamente a turnos apurados sigue sacando panes, un frasco de leche, un par de tomates, y unos huevos cocidos. . . hasta atarearse en untar mantequilla con sus dedos. Cuando el está comiéndome ofrece una de las páginas de los periódicos. . .

Al igual que en el ayer de antier, los cristales descienden de la hora, y otro mediodía pasa. El anciano abre con dolor sus ojos, se dobla apesadumbradamente hasta quedar sentado, y colocándose de nuevo su camisa él empieza a recoger las tibias hojas de periódico que selecciona perezosamente. . . El lee moviendo impasible sus labios.

Un año y algo más ha pasado. He aprendido del hambre de la vejez, de la tristeza, de las arrugas, y del sudor que hace la memoria de lo que no se quiere recordar. Pero, ¿qué no es el ser si no es la

memoria de los caminos ya trazados con sus puentes? He ido aprendiendo de la soledad, de las debilidades y del sueño de aquel constante compañero. En esta lección diaria he estado aprendiendo a vivir entre lo viejo, una edad que adquiere un nuevo aspecto en los ojos cuando todo tiende a ser lo mismo, y el tiempo se extiende sin que se pueda ahorrar.

Día tras día, la misma actitud, los mismos gestos a la vida encadenados. Además él y yo: las mismas figuras, la una siguiendo a la otra por los largos corredores, bajando hacia la bodega, y de vuelta fatigada entre los espejos de la idea saliendo por entre los blancos laberintos que siempre dan un recoveco fugaz hasta el preciso sitio de nuestra secreta misión. Al fin, con un trecho estrecho de esfuerzo más, llegamos allí, a los incineradores.

Sin embargo en los últimos días ha existido un gran cambio en el anciano. Tres cosas definitivas me ha dicho, y de una manera tal, como si todas las fatigas de su vida hubieran salido desahogándose en la madrugada que forman los labios en la palabra cuando hay sinceridad.

“En la vida no hay que caerse, menos hoy día”, el afirmaba moviendo sus manos como plumadas de algodón. “Si uno se cae, allí mismo lo cubren”.

En seguida me miraba, dominando un silencio que podía ser lacónico si no fuera por una corta sonrisa que tocaba suavemente con uno de sus dedos índices. Así siempre me ha parecido que el tiempo toca a la vejez, cuando ésta está en su plenitud.

“¿Qué son los conocimientos?” me pregunta —aunque desafiante—, con ternura. Sin que pudiera responderle nada, en seguida —con una sonrisa que de él no conocía— agrega: “Yo que tengo el otro pie casi ya sobre el lugar donde reposan mis antepasados, yo todavía tengo muchas cosas que aprender, y de muchas cosas que no sirven me tengo que desprender”.

Su rostro estaba cubierto por sombras que jugaban con la luz de unos ojos que parecían triunfar sobre una mirada de lágrimas compasivas. Creí en este momento escuchar una música lejana, pero no sé si ésta era la que se evadía o si era el espacio mismo estirándose como un tren que nos ha abandonado.

Pero en uno de estos días aquella misma música pasada regresaba

con un velo que, por música que es, no quiere sólo el aire ser sino también su mensaje. Eran unos coros múltiples cruzados, que armonizaban las voces de todas las edades, y todos los ecos de todas las edades —incluso del futuro que se escuchaba en una combinación coral de fuentes y cascadas claras junto con un aleteo creciente de palomas.

El anciano y yo escuchamos la misma música acercarse por entre la inocencia de un ámbito invisible que seguíamos con los ojos tal como se sigue a una mariposa para no perder de vista el esplendor de sus colores, a falta de tratar de captar cada ondular del aleteo que, como brisa, una vez que se posa dobla segura el néctar de la flor del tiempo. Sé ahora que el anciano quería darme sus manos, quería tomar mis manos. Pero él no lo hacía, y me daba la impresión de que lo que quería tomar con las manos era la música. Por un momento me imaginé que la música estaba en mí. (Todavía tengo esta impresión, y más que esto: que yo era la música —no obstante no sé aún creérmelo—).

La música seguía con sus coros, y seguía sobre mí una nueva y fresca mirada del anciano con sus manos ahora limpias, más límpidas que nunca y, qué extraño, ya no le temblaban. Nunca había tenido sobre mí una mirada así: una mirada tan cercana, y a la vez tan lejana, como si yo mismo fuera quien me estuviera mirando en el espejo permanente de mi propia memoria. . .

El anciano empezó de nuevo a hablarme. Me hablaba ahora como si esta fuera la primera vez que lo hiciera. Porque un ser que habla así de ese modo no podía hablar sobre la tierra de la humanidad por última vez, ni aunque se supiera el día posterior y el anterior de la víspera. Entonces me decía él que siempre me había tenido como la respuesta de algo, aunque sin saber con certeza antes cuál era ese algo, pero que en este mismo día en mi rostro él descubrió por fin cómo él estuvo de errado durante toda su vida. Me dijo asimismo que lo que él creía que era la filosofía que había tenido en su vida, y la que creyó equivocadamente que podía ser la de todos los seres humanos, consistía en una pregunta que su madre le había enseñado. Para él, debido a esta misma enseñanza, su madre había sido lo más grandioso que hubiera existido. Pero que hoy —según el proseguía hablando con notoria seriedad—, ya ni siquiera se podía acordar de su madre, porque —de acuerdo con él— yo había borrado con el rostro de mis ojos la imagen de su madre.

El anciano en un momento de sorpresivo suspiro miró hacia atrás. Me pareció que al volverse iba a escupir, pero no lo hizo. En cambio él, sin nombrar ya a su madre, me dijo a continuación: "Pues la pregunta era esta. . ."

De inmediato él hizo una pausa de profunda humofagia, y colocó la palma de su mano izquierda grecolinealmente sobre su rostro. Con suavidad, acariciando el aire de nuestra distancia, él bajó su mano una vez que parpadeó a propósito, como para no ver, aunque sí para escuchar .

La música estaba en el aire, el aire estaba en el mensaje. El anciano suspiró profunda y lentamente, y mirándome con fijeza, y con otro tono, habló:

"¿Por qué no hacen los hombres sus urbes en la hierba?"

Al bajar su voz después de un tono agudo, y tratando de orbitar sus ojos que al hacer aquella pregunta los había desorbitado, me confió que para creer en esas palabras se necesitaba estar loco, y hasta peor que loco. "Se necesita ser uno malo, y no saber que lo de construir no es ya más solamente asunto de hombres, sino también de las mujeres que emulan, pero no compiten con los hombres, y por eso no debemos expresarnos ni como esclavizados ni como esclavos para incluir a las mujeres y que éstas se incluyan pero correctamente con el término verdadero de seres humanos que somos todos. Además es no saber que todos los seres humanos construyen el progreso sobre la bondad y con la bondad, y entonces por falta de referencia de contraste tampoco se sabe tener conciencia del acto *malum in se*. Porque el progreso es bondad también, y siempre que siga siendo primero que todo bondad, y en la lengua auténtica que es entendida por todos y en todas partes".

Ahora el anciano cerrando sus párpados de lágrima furtiva, aunque con su manos remedaba tener un libro abierto, prosiguió diciéndome en voz de alerta: "Me explico mejor: eso fue lo que hizo Pedro Fernández de Quirós para con los nativos de la Australia que descubrió, expresándose con ellos 'en la lengua que se entiende en todas partes: hacerles siempre bien y no perjudicarlos nunca'. Pero no a lo Colón, y otros tantos peores más descorteces que corteces, que siguiendo el obispal dictado de Nebrija a través del intimidador mandato isabelino con su hambruna en pos de oro impusieron a los llamados —por Nebrija— 'pueblos bárbaros' o 'naciones de pe-

regrinas lenguas', pues en la imperancia compulsiva del dogmatismo impusieron con la superlengua a punta de cruz las leyes y la fe de los malos vencedores".

Haciendo repentinamente como una especie de torbellino con sus manos, el anciano agregó con vigor: "La confusión babilónica en que se encuentran todavía esos pueblos y naciones no es propiamente causada por la lengua para decir 'madre', sino por su contenido: la superlengua madre de la fe y las leyes con que día a día los unos a los otros seres a punta de cruz están rompiéndose el alma con la misma rabia religioso-estatal de los vencedores de la lengua que se entiende en todas partes. Así es que cuando no quede pueblo sobre nación, y no quede piedra sobre piedra ni hierba sobre hierba, eso, eso sí es maldad".

Siguió él repitiéndome que mi imagen le había hecho caer en la cuenta de todo eso, y sobre todo de que la filosofía no consistía ya para él en ni siquiera una sola pregunta, sino en las respuestas ciertas que el ser humano da con valor y acción mesurados frente a la vida. También me afirmaba que aunque cada una de esas respuestas quede al fin en una pregunta más, lo importante de eso estaba en que primero había sido siempre respuesta verdadera: una confrontación universal y humana. Echando su cabeza hacia atrás, como si hubiera bebido un trago largo, el anciano de nuevo prosiguió hablando con la misma claridad en un tiempo de *crecendo ed animando*.

"No hay que dejarse engañar como yo he sido engañado, vamos, por la vida, la vida que está llena de engaños. Cuando yo era joven no vi más que prados y más prados de flores bien poblados sobre estos lugares, e incluso debajo de nuestros pies verdecía el más bello y fragante césped que haya podido poseer naturaleza alguna, a dicha privilegiada de cualquier humano que se preciara de ello. Aun aquí, en donde un ser humano caía, ahí mismo empezaban a brotar las flores.

"Ah, recuerdo cuánta paz había aquí, y paz cuánta no dejaba de haber en su integridad y bondad. Se tendía uno libremente sobre los frescos prados hasta aún desnudo. Desde allí en reposo se veía tranquilo el cielo de hondo azul, y al trinar expresivamente dulce y modulado de las aves, verdaderamente se podía pensar, pensar qué bella era la naturaleza. . . Los seres humanos no hacen sino desvivirse y luchar unos contra otros por conseguir dinero y fama

y poder, y para ganar todo esto asimismo trampean, se traicionan y hasta se matan. Por eso el dinero, la fama y el poder que observamos ganados hoy día son inauténticos, porque no se han ganado por medio de la paz y del amor, para ser precisamente una finalidad de paz y de amor. Pero aquí en dicho paraíso había paz y amor, había naturaleza y paz y honestidad, en donde aun estando solo se podía sentir uno viviendo y gozando, y siendo feliz y tan sabio como la misma naturaleza, que nada ambiciona. Ah. . . qué placer de placeres todo aquel hálito vital, y cuando la brisa lo acariciaba a uno en todos sus sentidos hasta hacerle dormir de júbilo, de júbilo dormir. . .

“Pero todo cambia y se deforma, porque ya no hay quienes sepan transformar. Desde luego que porque ni siquiera hay ya artistas, y los que se quieren hacer pasar por tales sin serlo no hacen, sino deshacen. Si ellos hacen algo además de pretender, eso es deformar cada vez más la naturaleza y la misma razón de ser de la vida y del arte mismo. Los cómplices de los tales fraudulentos se lo creen para así complacerse dolosamente en ser rémoras de aquellos deformadores. No hay que dejarse engañar más, ya que el arte se crea para dar gozo de paz o por lo menos para disminuir la despacibilidad diaria y nocturna.

“Pues si nos presentan esos mamarrachos, y esa verbosidad que los elogia, como si fueran arte, por ser respectivamente lo uno colores y lo otro palabras, pero sin articulación, que es lo que quiere decir arte, y sin ética, que es lo que quiere decir paz, y sin que los tales comuniquen gozo de belleza y de paz, pues seamos honestos y no seamos rémoras de esos fraudulentos y empecemos a no aceptarlos y a declarar que esos no son artistas y que lo que hacen no es arte. . . ¿Que lo que hacen es para herir a la sociedad? Siendo una parte de la sociedad, claro que no hay que aceptarlo al no ser uno masoquista.

“Entonces cómo va a existir paz, si no hay ni siquiera artistas ni estímulo para que los haya, porque en vez de no tenerse miedo y

hacer crítica valerosa, se glorifica a los que no son sino deformadores e irrespetuosos de la naturaleza y la humanidad. A esos descarados deformadores y sus rémoras, lo cual incluye tantos directores de nuestras instituciones llamadas ‘de cultura’, hay que incluirlos en la lista de los industriales que están contaminando nuestra atmósfera y bienestar social. Al respecto ni hablemos del amor, por-

que al advertir el destierro que se le ha hecho a éste, tan despreciado y desterrado injustamente como al verdadero arte y a nuestros verdaderos artistas, pues observaremos la situación cómo de peor está.

“En todo caso estos cambios artificiales y fraudulentos son los que le hacen cambiar a uno de memoria, de lo contrario. . . Incluso aquí junto había un río que espejeaba maravillas de frescura transparente. . . de claridades musicales de paz. . . Pero hasta el río, está ahora canalizado. La población ha crecido más de la cuenta, y éstos necesitan vivienda. Si no fuera por la canalización del río, no se podrían evacuar los detritus sociales, que son sociales, y de nada más. Sí, todo esto es demasiado, y ¿qué será lo que podrá curar todo este cáncer? Pues nada menos que algún extracto de jugo gástrico de los mismos gallinazos que son los que se están alimentando de la carroña antisocial que está siendo causada por los traidores y enemigos de la humanidad y de la naturaleza y del amor y de la paz. Debido a esto precisamente, lo dicho no se diferencia en casi nada al hecho de la nueva fuente de alimentación que tendrá que haber, o sea la compuesta a base de desperdicios y bacterias. No, yo con la sola hierba, y perdone la ironía, pues el prado, no hubiera podido vivir ni sobrevivir entre tanto monstruoso aumento de población de todo, menos de calidades. Esa bondad es la primera que digo, y con la primera que se cuenta. Empero hay otra bondad, que es ésta. . . ”

Ya sin hablar, el anciano no hacía más que señalar las paredes del recinto en que estábamos, como si señalara con dedo de metrónomo la forma exacta de los ecos de la civilización, y respirando de una manera fuerte empezó a reír con sonido de gárgaras ocultas.

Con una calma placentera reía el anciano. No obstante su risa se detuvo cuando hizo un ademán agrio de pasar saliva. “Aquí he hecho yo mi vida”, afirmó sin dejar de señalar un rincón penumbroso que cerca al anciano parecía moverse. Después de sostener una pausa como de sombras anegadas que se secan bajo el sol, el anciano continuó hablando con un *crescendo poco a poco*.

“Pues claro, clarísimo está escrito que los hombres, digo yo, todos los seres humanos hacen, edifican, construyen sus urbes, sus pueblos, sus ciudades en la hierba y sobre la hierba. ¿En dónde más entonces? Eso es, aquí, aquí en la tierra, porque ya sobre la luna es otro asunto. Allá ni hierba hay, pero la habrá por nuestra culpa

de ya agotarla sobre la tierra. Allí ya habrá hierba sobre urbe. Cuando nuestras vías ferroviarias, nuestras carreteras, nuestros ríos de buses caudalosos, nuestros estrechos túneles metropolitanos y sus bocas de terrible monstruo exhausto de asfixia no resistan más de la cadena de procreados y hambrientos, todo lo cual parece más una interminable cloaca máxima infestada de pirañas, pues cuando todo eso no resista más, la luna será la nueva tierra, y ¿después. . . ? Pues Deimos y Fobos, lo que siga de ahí para arriba o para abajo. Lo que no provea para él el ser humano, esto lo proveerá la naturaleza misma, pero ya en sus propios términos. Porque nuestros pobres términos serán los de la muda esclavitud que hemos ganado por abusar de la riqueza que nos ha ofrecido la naturaleza misma, contra los que nos hemos rebelado a no ser parte de ella”.

En este mismo momento muy despaciosamente y casi en secreto hondo de *sotto voce*, él me decía: “Amigo, aquello del juicio final, lo de los tantos jardines del recuerdo, los tantos campos santos, y lo de más allá, yo le digo que la tierra es menos grande de lo que se ha creído para eso. . . lo demás queda temblando. . .”

Ya en pleno susurro como a manera de recordarse una cita con el destino de la futura humanidad, me pregunto: “¿Sabía que nuestra estrella que llaman el sol lleva cinco billones de años de vida, o sea la mitad de los diez billones de años de su duración total?”

Después de repetir esta misma pregunta dos veces en forma de eco contrapunteado, agregé del mismo modo y con lentitud: “Todo esto se pulverizará, todo esto se pulverizará, todo esto se. . .” De súbito, como despertándose de alguna de sus pesadillas, con voz entre ahogada y cimbrante se esforzó en gritar a cabeceo seguido: “Pero como no es la esperanza sino el ser humano lo último que se pierde, yo creo que encontraremos en el inmenso universo una mejor habitación al calor de otra estrella de más edad!”

Sus ojos temblaron como hojas de rama recién abandonada por un ave furtiva. Empero sus pupilas penetraban a las mías como penetra al corazón el recuerdo del momento cuando se es dado a nacer. En esta actitud, lenta y acompasadamente siguiendo su propio ritmo, esto me recitó:

Si la vida una sola fuera,  
Esa es la vida de afuera,  
La que se lleva dentro es una sola juventud,

Viene después la muerte que se llama senectud.  
Vejez y mocedad no pueden juntas ser,  
El joven es vida, y el viejo constante perecer.

Sus manos mismas volvían a temblarle en trémulos de araña que quiere ascender sobre un cristal, y con la ayuda de sus largos dedos trató de decir algo con referencia a alguna solución para el futuro. Pero esto para mí fue difícil de escuchar, por lo bajo que estaba ahora el volumen de su voz, algo ronca, mas también algo incoherente en lo que expresaba que no pude reconstruir en ese momento. ¿Sería porque la música se había escapado, como las aves del frío?

Le pedí el favor de que repitiera aquello que no entendía. Sin embargo aún no terminé de hacer mi solicitud, cuando sonó el grito aullante de la sirena que llamaba al final de jornada. Pensé que mañana sería otro día, como todos, y hasta tan lleno de conmovión comunicativa como este último, y que luego mi compañero constante con esos ánimos que tenía seguiría hablándome o —como él en una ocasión reciente me manifestó— dialogando conmigo, ya que “saber escuchar o leer es la otra esencia de la vida del diálogo”.

Ayer no he ido a trabajar. No he podido dejar de pensar en aquel anciano. Sobre todo cuando me rapaba el periódico de entre mis manos, hacía la cama, se quitaba la camisa para arroparse. . . y su caer de cuerpo entero sobre esos papeles arrugados y manchados. Ojalá que yo estuviera allí (él ¿estaría?) para raparle, arrebatarle el cigarrillo de entre sus dedos, su rapto mental de ausencia, en ese mismo momento cuando se le desgonzaba el brazo con su mano hasta que ésta ya entre el sueño iba a dar contra las páginas que asomaban. . . Yo aprovechaba de ese mismo momento instantáneo para quitarle el resto de su cigarrillo, y me lo acababa de fumar.

El médico le había prohibido al anciano fumar. Pero él fumaba, porque “. . . llevar muchos años en las mismas . . . y cuando uno llega a viejo uno no se puede desprender de lo poco que le ha gustado toda la vida. La costumbre larga amansa los dolores, y mudar la costumbre es vestir la muerte. También me gusta dormir, aunque lo que es soñar, más algo más que todos sabemos pero que no conocemos, no están prohibidos todavía”.

Recuerdo también cómo al tocar la cuerda floja de este tema él siempre me recitaba estos inolvidables versos:

Cuando despierto, fumar,  
Cuando dormido, soñar,  
Todo en el humo se ha de acabar,

Nada en el sueño se puede juzgar,  
La realidad que queda es descansar.

El anciano asimismo gustaba de contarme la anécdota del filósofo chino, el maestro Chuang, quien soñó que él era un insecto multicolor, y sin lugar a dudas debido a su viveza y revolotear. Pero que el insecto multicolor no sabía que era quien lo soñaba, y que cuando el filósofo se despertó, éste fue otra vez él mismo. El anciano me solía decir que ese ejemplo de la ética ideal del estar en un suspender sin preocupación de qué es lo que es primero y qué es lo que es último, que él lo entendía cuando no lo entendía, porque de acuerdo con ese filósofo el aquí es el allá, y el allá es el aquí, y que todo es un círculo de recurrencia menos la esencia. Esta esencia es el centro del círculo que responde a un siempre cambiante interminable, y que así lo incorrecto es un cambiar interminable como lo es lo correcto, y que por eso para entender y conocer, lo mejor es no entender ni conocer para no fraccionar el todo puro de la naturaleza. . .

Hacia el final de estos comentarios, el anciano casi siempre terminaba diciendo algo así como que: La naturaleza es, y crece sola. Pero que los seres humanos la están haciendo decrecer y destruyéndola para tratar ellos de conocer más que ella e incluso ahora más y peor con sus monstruosas computadoras. Así que al contrario de ese artificialismo fraccionador de bajo nivel, la naturaleza con su alto nivel de conocimiento ni siquiera intenta saber todo porque sabe el todo con el hecho de ser al mismo tiempo que tampoco es, para crear suspenso divertido en la historia del universo.

Como si no bastara esta exposición crítica, el anciano una vez me sorprendió al decirme que se le olvidaba siempre la conclusión del "ejemplo del sueño del filósofo chino". Pero que yo ya con un "brillo especial de iluminación medieval" en mis ojos le había hecho recordar la conclusión, y que era esta: Que cuando el filósofo se despertó y fue otra vez él mismo, este filósofo no supo si él era



el filósofo soñando que era un insecto multicolor o si él era un insecto multicolor soñando que era el filósofo.

Lo que pienso ahora sobre las cosas que cambian, la vida que cambia, su vida y la mía, el diálogo que no puede perderse para no sufrir la vacía sangre de los dolores de la soledad, no deja de tener un mismo significado. Sin embargo nada habría cambiado si ayer hubiera ido otra vez a ese mismo lugar, entre esos herméticos muros de la vida, esos constantes laberintos camino a los secretos incineradores. . .

Aún hubiera podido escuchar al anciano con sus mismas pláticas sobre sus seguros, sus ahorros, su "fuente vital" de que me hablaba con las manos cerradas a puño cobrizo de caldera hirviente. También hubiera podido escuchar lo que me decía del fervoroso movimiento político en favor de la paz, al cual pertenecía, y de cómo sin embargo por esa política constructiva le habían amenazado, y que su vida estaba en peligro, pero que "por el asesinato de un ser humano de paz, e incluso por muchos más, no se podrá aniquilar la paz misma, jamás". Tampoco me hubiera perdido entonces de oírte conversar sobre el tema de su mujer, de sus hijos, lo que todavía de ella y ellos me hubiera podido decir con esa actitud diferente que revelaba en días pasados. . .

Asimismo hubiera tenido la ocasión de seguir observando la vejez prematura de nuestro planeta sobre ese rostro y esas manos resueltas de historia entre el paisaje destellante de la gran lucha entre el pensamiento y la acción humanas. Más todavía: aun hubiera podido fumar el medio cigarrillo que yo al anciano le arrebatara de sus dedos flácidos, desde donde caían las cenizas de un gusto prohibido.

Por lo menos hubiera evitado el incendio.\*

---

\* Todavía no me he explicado la verdadera causa del fuego. Mientras tanto me he determinado en concluir el caso a la luz de tantos otros fuegos legendarios de los que se nos constriñe a escuchar frecuentemente para quitarle felicidad a la vida con la enseñanza de tenerle miedo a la muerte. Pero: aun esto me resulta increíble, ya que algo más se interpone a la verdad. Un periódico de esa tarde dio la noticia de las víctimas, en donde encontré lo siguiente:

*"... también, los despojos de un hombre —al parecer de avanzada edad— fueron encontrados entre los escombros de la bodega mayor. Esta es la única víctima que ha quedado sin identificar hasta el momento, aunque las causas de su muerte se han establecido en tres hipótesis: 1) posibles quemaduras de alto grado, 2) tal vez asfixia, y 3) probablemente, una cuchillada en la espalda. La incertidumbre, de acuerdo con la autopsia, se debe a la dificultad de precisar el tiempo exacto del suceso. . ."*